

EL SINDICALISMO ALEMAN DE LA POSTGUERRA

VICENTE MARRERO

EL SINDICALISMO ALEMAN
DE LA POSTGUERRA

ATENE O
MADRID
1 9 5 4

I

INTRODUCCION

Ante el cariz muy especial que va tomando la organización sindical, con todos los problemas que su desarrollo plantea en los grandes países de Occidente, se encuentra nuestro sindicato en una situación particularmente esponjosa. Parece conveniente, por tanto, independientemente de la lentitud o celeridad, para el caso es lo mismo, con que se efectúa su evolución dentro de la vida social española, inducir a los que se ocupan de estas cuestiones, a reflexionar sobre las experiencias y luchas de un gran país, el alemán, tan diferente al nuestro, pero cuyas conclusiones nos serán, sin duda, en muchos aspectos, aprovechables.

Comienza esta conferencia con una alusión a las tres etapas conocidas del sindicalismo

1
sociales alemanes hay muchos problemas que han hecho reverdecir una nueva faceta de la vieja cuestión del estatismo, del socialismo y del sentido cristiano de la vida social. Pero en el fondo, los problemas pueden reducirse a uno sólo: el de decidir si es o no conveniente, social, política y económicamente, que el obrero se encuentre directamente situado frente al Estado o frente al gigantesco poder o dictadura, para el caso es lo mismo, de la organización sindical, mientras la empresa privada pierde sus prerrogativas naturales.

En torno a esta cuestión, la opinión de los sociólogos más eminentes ha sido bastante explícita y no menos explícita es la voz de la Iglesia que, por boca de los Pontífices, ha hablado del problema social desde el ángulo concreto de las relaciones entre capital y trabajo, especialmente en el seno mismo de la empresa. En este último aspecto, tiene para nosotros un interés particular el hecho de que la Iglesia, en los últimos años, se haya dirigido directamente al sindicalismo alemán contemporáneo y a determinadas afirmaciones del *Katholikentag de Bochum*, de 1949, apropiadas por la Federación Sindical Alemana, y que Roma, en cierto modo, ha rectificado.

Para terminar, hacemos algunas alusiones al sindicato como órgano, expresión y poder genuino de la sociedad.

socialmente que no le será fácil reconquistar. Pero fué el Estado, concretamente la política de gran potencia, quien inundó durante los años del Nacionalsocialismo la vida sindical existente, transformando casi por entero su significación histórica.

Como es sabido, los viejos sindicatos en Alemania, como en todos los países de Occidente, nacieron dentro del orden liberal-capitalista. Este orden, con su ley social propia, justificó la reacción sindical. Pero a medida que el capitalismo desaparecía o era controlado por el Estado, en la misma proporción, entonces, el sindicato perdía razón de ser y trascendía en la vida de la sociedad.

He aquí que con la derrota del Nacionalsocialismo en el año 1945, surge de nuevo pujante en Alemania la organización sindical que, según sus leyes fundacionales, quiere ser apolítica, aunque en la práctica le va a resultar demasiado problemático mantenerse a distancia de los partidos que se disputarán el poder. Estos sindicatos, tal como están organizados en la Alemania actual, tienen características especiales que los diferencian, por un lado, de los viejos sindicatos de clase y, por otro, del sindicato dirigido de la época nacionalsocialista. Características que de alguna manera son inseparables de otros fenómenos sociales de nuestro tiempo y sobre las que queremos hacer algunas consideraciones.

El sindicato de clase, producto puro y espontáneo creado para ayudar al trabajador, parte sufrida dentro del orden liberal-capitalista, luchaba contra la época a la que por otra parte debía su razón de existencia: luchaba contra el

del monopolio de la vida legal y normativa de la comunidad, hoy comparten con los sindicatos algunas de las atribuciones, competencias y facultades referentes al orden del trabajo.

Con ello el Estado ya no es el único órgano legal propiamente hablando, sino que suele actuar en forma contractual con otra entidad distinta: con los sindicatos. Forma contractual que no va en perjuicio de su significación legal y colectiva.

Así puede apreciarse que la facultad para establecer tarifas por parte de las asociaciones patronales no es muchas veces más que un reflejo de los acuerdos sindicales. Intimamente ligada con estos acuerdos está la casi desaparición de los medios de lucha, como las huelgas, instrumentos característicos y marcadamente marxistas y sindicalistas, tan típicos del viejo sindicato de clase, que han ido desapareciendo en la misma medida que el sindicato se reviste de las formalidades del orden legal y democrático, aunque también hayan contribuido a esta desaparición las condiciones extraordinarias ante las que se encuentra el país aún en vía de reconstrucción.

De las asociaciones patronales el sindicato ha recibido también otras funciones importantes, como la autonomía administrativa en materia de seguros sociales, e igualmente los centros de la República Federal le han conferido atribuciones dentro de las Bolsas de trabajo, así como en los seguros contra el paro y en las magistraturas laborales...

Todas estas facultades van unidas a funciones jurídicas, públicas, o, como algunos prefieren llamarlas, a funciones cuasijurídicas o cuasi-

pos de economía dirigida del Nacionalsocialismo.

Dentro de estas tres manifestaciones de la vida sindical —sindicato de clase, dirigido, consolidado—, aunque en una u otra etapa, el mundo patronal no tuviera las atribuciones que tenía en el otro régimen, y aunque legalmente se sintieran las voces de una u otra parte más debilitadas en una época que en otra, en el fondo existía siempre el viejo dualismo, trabajador-empresario, que defendían sin vacilaciones sus prerrogativas, cada uno por su lado.

Así, en los tiempos del Nacionalsocialismo era posible sustituir a un empresario incapaz por otro más capacitado, o la retribución elegiría los derroteros a seguir según las circunstancias. Pero en el fondo permanecía en pie la estructura clásica que hizo posible el nacimiento del sindicato: la separación entre el trabajador y los medios de la producción, entre el trabajo y el lugar del trabajo. Retribución, trabajador, empresario, cada uno en su sitio. La última etapa que ha emprendido el sindicalismo alemán va a ser una etapa totalmente nueva, totalmente distinta a las anteriores. Por eso se dice que el sindicalismo alemán se encuentra ante una gran encrucijada. El sindicato, que de sindicato de clase, poco a poco ha ido evolucionando hasta convertirse en una poderosa organización social consolidada y fija, hasta conseguir que se le considere como algo imprescindible y casi institucionalizado en la vida social del país, ha ido aumentando sus prerrogativas y sus aspiraciones de tal modo que ha dado motivo a sospechar que pueda convertirse en algo totalmente dife-

III

EL SINDICATO COMO EMPRESARIO

En efecto, cuando el sindicato se apodera de las funciones propias de los empresarios, o, dicho con más propiedad, cuando empieza a ejercerlas de un modo simultáneo con ellos, se está muy cerca del socialismo; y bajo el socialismo el sindicato desaparece, se confunde con el Estado.

La alarma y preocupación ante los peligros de la socialización cundió en Alemania, sobre todo con motivo de la «Ley de codeterminación y gestión paritaria» del 21 de mayo de 1951, cuyos efectos trató de paliar la ley posterior de constitución de la empresa, de 11 de octubre de 1952, menos avanzada que aquélla.

La primera ley afecta a la socialización de la gran industria del hierro, acero y carbón. Fracassados intentos parecidos en las industrias químicas y en la reorganización de los ferrocarriles alemanes, los sindicatos pusieron sus miras en las industrias siderúrgicas, casi todas situadas en la zona de ocupación británica. No hay que perder de vista que estos objetivos se perfilaban en los años en que Inglaterra, país ocupante de Alemania, estaba regida por un gobierno socialista. Como ya en su tiempo se dió a conocer entre nosotros, 17

la base de la gestión paritaria. Pero no fué nada fácil, sin embargo, conseguir este objetivo y se tuvo que recurrir a medidas drásticas, a una huelga gigante que con tal motivo organizaron los sindicatos, secundada por el 90 por 100 de los obreros. En tales circunstancias y de este modo se consiguió establecer una cabeza de puente dentro de la estructura económica y social del país alemán, con todas las innovaciones y consecuencias verdaderamente revolucionarias y seguramente imposibles a no haber sido por la presión constante del laborismo exterior.

A propósito de esta ley de codeterminación y gestión paritaria entre trabajadores y empresarios en la industria siderúrgica, se ha podido decir que entre las dos partes existe un condominio. Pero los condominios suelen mantenerse poco tiempo en equilibrio. Tarde o temprano uno de los dos condueños alcanza la supremacía sobre el otro, hasta que al fin termina por convertirse en el único señor. De seguir las cosas así, son muchos los motivos que permiten anunciar un predominio de los sindicatos en las industrias del acero, carbón y hierro para un futuro no muy lejano, a pesar de las seguridades tan complicadas y de las preocupaciones cuidadas al detalle con que está adornada la ley. De suceder esto, el sindicato vendría a asumir entonces las funciones propias del empresario y estaría, paradójicamente, al mismo tiempo, enfrente de los miembros que integran el propio sindicato.

No sólo un gran sociólogo, como Goetz Briefs, sino muchísimos otros autores se pre- 19

dos, termina convirtiéndose en un instrumento de dominio, de opresión, que igualmente sufre el trabajador. El estilo soviético, con su régimen de rígida planificación estatal, abole toda auténtica vida sindical. ¿Es ese, acaso, el destino de las aspiraciones de los sindicatos alemanes que también se dirigen, como es lógico, a una planificación general de la economía alemana? Muchos alemanes creen que sí y no les sobran razones para fundamental tal sospecha.

Hasta ahora la victoria de la Federación Sindical Alemana sólo ha sido parcial y se limita a las industrias siderúrgicas. Esta ha sido su cabeza de puente. Su meta, la socialización de todas las industrias y empresas en Alemania, es algo que está todavía muy lejos. Especialmente la ley de empresa, promulgada por el Gobierno de Adenauer, ha puesto, en cierto aspecto, freno a las aspiraciones de la Federación. Sólo el futuro permanece incierto en el vaivén de un régimen político parlamentario y sufragista.

Podrá decirse que en esta participación del trabajador en las funciones propias del empresario a través de los sindicatos, existen matices muy diferentes, pero en el fondo el problema permanece en pie. Se trata de un camino que el sindicato hasta ahora no había emprendido.

No falta quienes afirman que la co-gestión económica, tal como la propone el sindicato alemán contemporáneo no conduce a la socialización de la empresa, sino que pasa rozando a su lado. Es el único camino, se dice, que pasa al lado del socialismo sin confundirse con él. Se tra-

University, de Washington. Goetz Briefs, que ha investigado la vida del sindicato en los últimos treinta años, desde su estructura fundamental hasta nuestros días, publicó su obra hace dos años con un título que por sí sólo es altamente revelador: *Entre capitalismo y sindicalismo. Los sindicatos ante la encrucijada.*

Por lo demás, en las organizaciones sindicales alemanas hay más que indicios de lo que acabamos de afirmar, y motivo, por consiguiente, para que nos alarmemos. La Federación Sindical Alemana opera decididamente con la amenaza de darle a la vida de la sociedad y del Estado un cuño colectivista, lo que, entre otras cosas, constituye también un peligro para los derechos y la persona de los trabajadores. Así, Freytag, el inmediato sucesor de Fette en la jefatura suprema de la Federación, pronunció el 12 de enero del año pasado la frase siguiente: «El Estado somos nosotros y no es necesario aclarar que los sindicatos son hoy día la única organización pública no estatal que con derecho y justicia puede ejercer una activa dirección en la política del Estado.» Las protestas que sus palabras desataron le hicieron rectificar y cantar el conocido «donde dije digo, digo diego». Anteriormente, el 30 de julio de 1952, su antecesor en la secretaría general de la Federación sindical, Fette, había hecho manifestaciones de un programa sindical enemigo del Cristianismo y del Estado.

La acentuación del izquierdismo en el frente único sindical alemán, oficialmente apolítico, ha hecho cundir el arrepentimiento en los medios cristianos que también lo integran y 23

de invertir fuertes sumas entre sus trabajadores en los días de brazos caídos. También posee Bancos, ahorros; construye grandes edificios; monta los *Ruhrfestspielen de Reblinghausen*, festivales que forman la fachada cultural de los sindicatos alemanes y que año por año ofrecen los mejores espectáculos a sus afiliados. En su programa de inversiones, proyecta tener participaciones en empresas cinematográficas e incluso conseguir el monopolio de tal producción, con lo que se lograrían a la vez dos objetivos: invertir favorablemente su dinero y ganarse gratuitamente un medio de propaganda decisivo para sus planes.

Es verdad que los obreros no tienen la obligación de pertenecer a los sindicatos, pero de hecho pertenecen a ellos por la presión y solidaridad de sus camaradas de trabajo, por los efectos de la propaganda y por sus muchas ventajas. Además, no existe otra organización que los agrupe.

Se calcula que algo más de medio millón, entre sus siete millones y medio de afiliados, pertenece actualmente al partido demócrata cristiano. En otros tiempos, entre los sindicatos socialistas y los sindicatos cristianos, no había esta gran desproporción. En la época de la República de Weimar existían estos dos frentes sindicales claramente definidos y contrapuestos que funcionaban con entera independencia, con organización, vida y economía propia. El régimen nacionalsocialista, con su frente alemán de trabajo, formó un frente único y rompió ese dualismo. Al constituirse la actual República Federal alemana no se volvió a la antigua organización sindical con

M |

deutsche Frage en su Gabinete, y, entre otros, también Arnold, jefe del Gobierno renano-westfalo. No es la primera vez que se intenta hacer una escisión que hasta ahora no se ha llevado a cabo y que además cuenta con grandes enemigos dentro de los representantes sociales de los medios cristianos, como el mismo padre Hirschmann.

Por otro lado, conviene saber que en los primeros tiempos de la postguerra las autoridades anglosajonas de ocupación prohibieron abiertamente la reorganización de los sindicatos católicos, como consta por testimonio de varios obispos, entre ellos, por ejemplo, el de Padernborn.

En el caso de una escisión se piensa con pavor, por lo avanzado de los sucesos, en la imprescindible necesidad de grandes sumas de dinero. Los antiguos sindicatos cristianos las tenían, pero el nazismo, al efectuar la unificación, se incautó de todos los bienes sindicales, y, posteriormente, al organizarse la República Federal, entre los grandes errores cometidos por los sindicatos cristianos con su unificación no fué el menor el poner en manos de los nuevos dirigentes de inspiración socialista todos los bienes e instituciones procedentes de sus viejas organizaciones, y así se encuentran hoy sin un céntimo. Se plantea el problema de si podría recuperarse el dinero perdido en caso de llevarse a cabo la escisión. En este caso la solución favorable es más que dudosa y no es menos grave el problema que se plantearía con los seguros sociales hechos conforme a la organización del sindicato. ¿Serían eficaces? ¿Se devolvería el dinero entregado?

de la materia en la Alemania de la postguerra fueron precisamente los católicos en sus jornadas de Bochum del 31 de agosto de 1949. La ley en cuestión es de mayo de 1951. En estas jornadas, en una ocasión en la que el cardenal de Colonia, doctor Frings, exigió la rectificación del orden económico existente por otro mejor en el que el hombre pueda desempeñar el papel que el Creador le tiene asignado, se habló también de que la cogestión económica debía entenderse como una ampliación de las indicaciones contenidas en las Encíclicas sociales. Ampliación que a los ojos de muchos católicos, desde el primer momento de esta formulación tan solemne, resultó verdaderamente revolucionaria. El desasosiego cundió entre los medios industriales franceses e italianos, hasta tal punto, que Su Santidad el Papa, todavía sin referirse directamente al problema alemán, con ocasión del Congreso de Estudios sociales celebrado en Roma a principio de junio de 1950 habló de esta materia que hasta hoy sigue tan candente en los medios dedicados a las cuestiones sociales. El día 4 de dicho mes, el «Observatore Romano» publica una carta del Papa, redactada en francés, en la que el Pontífice se pronuncia virtualmente contra el derecho de codeterminación tal como lo exigen los sindicatos alemanes y subraya el peligro que representa el hecho de que elementos extraños a la empresa puedan intervenir las decisiones de los directivos de ésta.

Las palabras de Pío XII del 3 de junio de 1950, se han interpretado como una condena de las aspiraciones serias de aquellos medios cristia-

arrollados los puntos de vista que aquí brevemente exponemos.

Como se ha visto últimamente y ha puesto de manifiesto el actual Pontífice en diversas ocasiones, hablando de este problema concretísimo que se plantea en el seno de la empresa, las palabras de su antecesor han sido objeto de diferentes interpretaciones. Pío XII denuncia cómo en algunos sectores se ha prescindido del pensamiento fundamental de la encíclica *Quadragesimo Anno*, que buscaba encuadrar la vida económica dentro de un régimen corporativo frente a todo liberalismo y a cualquier género de socialismo y se ha insistido, por el contrario, y se ha dado preferencia a una observación completamente accesorio en torno a las eventuales modificaciones jurídicas en las relaciones entre los trabajadores sujetos al contrato de trabajo y la otra parte contratante, pasando en silencio el objeto principal de la Encíclica, la idea del orden corporativo profesional de toda la economía. Todo un movimiento doctrinal de reforma jurídica de la empresa se extendió especialmente por Francia, Alemania, Bélgica, incluso Italia y de aquí a otros muchos grupos católicos europeos. A alentarlos contribuyó no poco una frase del propio Pontífice actual en su radiomensaje de septiembre de 1944, con motivo del quinto aniversario de la guerra.

La frase se interpretó por muchos erróneamente como un paso más en el camino que, según ellos, emprendió Pío XI hacia el contrato de sociedad. En ella no se hablaba ya sólo de una conveniencia o de una mayor oportunidad, sino que se decía abiertamente que «donde la gran empre-

Pero lo cierto es que el movimiento sindical alemán pronto llegó a plantear abiertamente la exigencia de implantar la cogestión en la empresa a través de la propia organización sindical, y entonces fué cuando no se hizo esperar la advertencia pontificia. Con ocasión del Congreso de Estudios Sociales celebrado en Roma durante el Año Santo, en su discurso de 3 de junio de 1950, el Papa reconocía los esfuerzos que la política social realiza en las naciones industriales por someter al propietario privado de los medios de producción a determinadas obligaciones jurídicas en favor del obrero. Pero al hacerlo le señalaba un límite, más allá del cual no es posible avanzar porque hay peligro de caer en el error contrario al liberalismo económico, del que se pretende huir. El Papa señala que poniendo los medios de producción a disposición de una colectividad y sustituyendo el contrato de trabajo por otro contrato distinto de tipo colectivo que se diferencia muy poco de un postulado socialista no por ello se cumplen las normas de la justicia social. El Papa advierte la necesidad de evitar que el poder anónimo del capital sea sustituido por el anónimo poder de los sindicatos, lo cual de hecho significaría excluir a los trabajadores propiamente dichos de la gestión de la empresa. Y hace una referencia muy concreta a la actitud de los sindicatos alemanes: «Un peligro similar se presenta cuando se exige que los asalariados pertenecientes a una empresa tengan en ella el derecho de gestión económica, sobre todo, cuando el ejercicio de ese derecho se atribuye en realidad de modo directo o indirecto, a organizaciones dirigidas 33

transformarse también, en cierto modo, en copropietario. Pensamiento que ha repetido muchas veces el Pontífice actual en varias alocuciones, como en las del 1 de septiembre de 1944 y 7 de mayo del 40, así como en su radiomensaje a los empresarios, técnicos y obreros españoles del 11 de marzo de 1951. Pío XII no desautoriza ni resta importancia a las palabras de su predecesor, como tampoco a sus propias afirmaciones, pero la preocupación fundamental, repetimos, del Pontífice, así como la del sindicalismo cristiano es que todo aquello que se haga en la codeterminación y coestión económica entre obreros y empresarios no sea un medio más de proletarización y colectivización, ni algo que se encamine a la expropiación absoluta. La Iglesia defiende el derecho a la propiedad privada, derecho que ella considera fundamentalmente intangible y en su programa de seguridad, consistencia y realismo social, defiende la reivindicación de la libertad personal situada en lo más céntrico de su doctrina. Y en esto se distancian las preocupaciones socialistas de las cristianas. El Papa, únicamente, ha salido al encuentro de falsas aplicaciones y fundamentaciones de una doctrina social que la Iglesia siempre ha defendido, así como sus posibles consecuencias prácticas que siempre ha cuidado y vigilado. La persona humana no puede nunca sacrificarse en aras de un absoluto colectivismo político o económico.

El que se dedica a estas materias no puede olvidar fácilmente la disparidad de criterio que existe por ejemplo, entre un laborista inglés tan caracterizado como Stafford Crips, que en su 35

no menos avanzadas, pero siempre espiritualmente más humanas y más entrañables de la doctrina social de la Iglesia y, en cierto modo, también de Adenauer, el hombre alemán mira cada vez con más perplejidad el rumbo que va a tomar su vida sindical.

Por un lado se pregunta: ¿podemos nosotros y y, ante todo, los trabajadores, librarnos por nuestros propios medios de las amenazas y peligros del colectivismo o, por el contrario, debemos seguir las directrices de la Federación Sindical, que no son otras que las de un desarrollo del sentido materialista histórico, aunque no se confiese comunista y luche aún contra el mismo comunismo?

En este caso, nuestro destino, se pregunta el alemán, ¿es la dictadura de los sindicatos, con «la grandeza de su concepción política» de que hablaba su anterior jefe, Fette, concepción que terminaría absorbiendo en Alemania, no sólo a la democracia, sino a la herencia espiritual de la doctrina social cristiana? Este sería un totalitarismo sindical en el que el sindicato tendría el mismo destino que tiene en un estado comunista, y en el que los matices externos que lo diferencian de él, no serían lo más fundamental del caso.

Pero no todos piensan así. Existen también aquellos observadores que juzgan las aspiraciones de los sindicatos por convertirse en propietarios, o al menos, por compartir con el propietario si no de un modo monopolizador sí de un modo simultáneo, las funciones que a éste le son propias, como una nueva forma de regular la difícil relación entre capital y trabajo. En este caso; el 37

costes altos. Para la racionalización de la economía el sindicato, como se ha visto en Inglaterra, ha sido también un obstáculo. Estos y otros muchos aciertos repercuten indudablemente en la vida económica del país y no conviene olvidarlos.

Por otro lado, al aumentar el sindicato sus prerrogativas dentro de la vida de la empresa y al no ocultar sus aspiraciones de seguir avanzando por este camino, se plantea una vez más la discusión sobre la posición que los sindicatos ocuparán en la organización del Estado; y si éste es democrático, ¿qué papel jugarán entonces al lado del Parlamento?

Es un hecho evidente que, sobre todo en los países fuertemente industrializados, los sindicatos son un poder no sólo con grandes repercusiones en la vida económica del país, sino también en la política y social. ¿No hay una contradicción—se preguntan muchos—entre la actividad de los sindicatos, como representantes de un mundo determinado de intereses, y la actividad de los partidos en el Parlamento, entre la ordenación sindical de la sociedad y la formación de los partidos políticos en sí? ¿No pierde eficacia y corre peligro este sistema si unos grupos organizados de intereses, como son los sindicatos, hacen presión sobre el Parlamento? ¿La tendencia a mantener alejadas de la política y de los sistemas parlamentarios a las organizaciones sindicales, favorece o violenta la vida política de la nación?

No todas las naciones han planteado del mismo modo la organización de su vida sindical. En Inglaterra, por ejemplo, está más unida la

tado y la persona individual había una gran cantidad de comunidades, gremios, corporaciones, familias privilegiadas... Una larga jerarquía social en la que todos, de un modo mediato o inmediato, pertenecían a una u otra entidad intermediaria, a un cuerpo social cuya jerarquía era reconocida por la generalidad del pueblo que no la discutía nunca en sus bases. Sin embargo, no había colectivismo sino que imperaba un universalismo que al hombre y a los pueblos ofrecían un desarrollo total de sus posibilidades. El Estado no era total, sino subsidiario. Tenía tantos cooperadores como subordinados. Brindaba un marco a la vida social que, a su vez, comprendía a la vida económica. En medio de todo estaban las vindicaciones personales del individuo, protegido por las instituciones orgánicas entrañables, que le amparaban de las vicisitudes de la vida y que constituían su mejor seguro.

Tal como han surgido los sindicatos en los nuevos tiempos y por muy artificiosa que a primera vista nos resulte la unidad sindical, no se puede decir que sea el producto artificial de la sociedad. El sindicato, viene a llenar una necesidad eminentemente social, cumple una función y acentúa un principio estamentario en la masa amorfa del individualismo social contemporáneo, claro está, en un marco político que en el fondo le es incoherente.

El sindicato sería sólo un artificio si en lugar de estar al servicio de la persona humana, se convirtiese, como estuvo a punto de convertirse definitivamente en la Alemania de la postguerra, en un instrumento de opresión o al servicio de

un cierto poder y se transforma de puro facto social en un hecho político.

Si el sindicato resulta en extremo tendencioso en la vida política de la Alemania actual, es precisamente por no haber permanecido fiel a su más genuina justificación social, por seguir todavía inspiraciones ajenas, especialmente marxistas, que lo han envenenado y lo han utilizado para fines más políticos que sociales.

En la Alemania de hoy, con la implantación de leyes que permiten la infiltración de elementos extraños en la vida de las empresas, se sentaron unas bases peligrosísimas que amenazaban llegar a un totalitarismo sindical y a la colectivización de las empresas privadas. De seguir el pueblo alemán las directrices de la Federación Sindical, pronto, muy pronto, habría un terreno que no podría estar mejor abonado para una gran dictadura colectiva en la que los sindicatos terminarían convirtiéndose definitivamente en empresarios y regirían y planificarían la vida social del país.

Pero el sindicato no tiene justificación para llevar sus atribuciones a ese extremo. Los sindicatos obreros no pueden ser soberanos por la misma razón que ningún poder inferior puede arrogarse la misión de mandar sobre lo que no le compete. Concederle estas prerrogativas es confesarse materialista y admitir la superioridad de esta doctrina que propugna la conquista del Estado por la violencia organizada de la clase obrera. Actitud que todavía late en el fondo de las aspiraciones sindicales alemanas como se puede observar claramente en algunas de las manifestaciones 43

SUMARIO

- I.—INTRODUCCIÓN, pág. 7.
- II.—LAS TRES ETAPAS CLÁSICAS DEL SINDICALISMO ALEMÁN, pág. 10.
- III.—EL SINDICATO COMO EMPRESARIO, pág. 17.
- IV.—EL SINDICATO ENTRE SOCIALISMO Y CRISTIANISMO, pág. 24.
- V.—EL KATHOLIKENTAG DE BOCHUM DE 1949 Y LA RECTIFICACIÓN PONTIFICIA, pág. 28.
- VI.—LAS ASPIRACIONES SINDICALES EN LA ALEMANIA ACTUAL, pág. 36.

COLECCION «O. CRECE. O. MUERE»

- 1.—LA UNIDAD DEL MUNDO, por *Carl Schmitt*.
- 2.—SITUACIÓN ACTUAL DE LA CULTURA EUROPEA, por *Christopher Dawson*.
- 3.—SOCIOLOGÍA DE LA CRISIS, por *Alois Dempf*.
- 4.—PROBLEMAS DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA, por *Mariano Baquero Goyanes*.
- 5.—EN TORNO AL CONCEPTO DE ESPAÑA, por *Luis Sánchez Agesta*.
- 6.—CONCIENCIA BURGUESA Y CONCIENCIA OBRERA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA, por *José María Jover*.
- 7.—VALOR ACTUAL DEL HUMANISMO ESPAÑOL, por *Alexander A. Parker*.
- 8.—CAJAL Y EL PROBLEMA DEL SABER, por *Pedro Lain Entralgo*.
- 9.—LOS ROMANISTAS ANTE LA ACTUAL CRISIS DE LA LEY, por *Alvaro d'Ors*.
- 10.—ESPAÑA Y LA CONTRARREFORMA EN LA OBRA DE BURCKHARDT, por *Werner Kaegi*.
- 11.—ESTADO MEDIEVAL Y ANTIGUO RÉGIMEN, por *Angel López-Amo Marín*.
- 12.—CEREBRO INTERNO Y SOCIEDAD, por *Juan Ros Carballo*.
- 13.—EL ORIENTE MEDIO, ENCRUCIJADA DEL MUNDO, por *Pedro Gómez Aparicio*.
- 14.—FERNANDO EL CATÓLICO, MILITAR, por *Jorge Vigón*.
- 15.—CATALUÑA ENTRE TRADICIÓN Y REVOLUCIÓN, por *Ignacio Agustí*.
- 16.—UNA NUEVA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA, por *Eugène Schueller*.
- 17.—LECCIÓN PERMANENTE DEL BARROCO ESPAÑOL, por *Emilio Orozco Díaz*.
- 18.—TEOLOGÍA DE LA PASIÓN, por *José María Cirarda*.
- 19.—LA ATOMIZACIÓN DE LA ECONOMÍA, por *Hjalmar Schacht*.
- 20.—AUSTRIA, SÍMBOLO DE LA TRAGEDIA EUROPEA, por *Anton Rothbauer*.
- 21.—LA QUIEBRA DE LA RAZÓN DE ESTADO, por *Gonzalo Fernández de la Mora*.
- 22.—CRÍTICA DE LA RESTAURACIÓN LIBERAL EN ESPAÑA, por *José María García Escudero*.
- 23.—EL ESPÍRITU ARAGONÉS Y DON FERNANDO EL CATÓLICO, por *Emilio Alfaro*.
- 24.—IDEOLOGÍA PURA Y FENOMENOLOGÍA PURA, por *Leopoldo Palacios*.
- 25.—LA PRENSA ANTE LAS MASAS, por *Torcnato Luca de Tena*.
- 26.—EL CATOLICISMO CONTEMPORÁNEO EN INGLATERRA, por *Thomas Burns*.
- 27.—LA ARQUITECTURA POPULAR ESPAÑOLA Y SU VALOR ANTE LA ARQUITECTURA DEL FUTURO, por *Miguel Fisac*.

- 59.—LOS ORÍGENES DEL CONSERVADURISMO EUROPEO, por *Fritz Valjavec*.
- 60.—ENERGÍA NUCLEAR E INDUSTRIALIZACIÓN DE ESPAÑA, por *Mannet de Torres Martínez*.
- 61.—EL ARTE, LA POESÍA Y LA CRÍTICA DESDE EL PUNTO DE VISTA CRISTIANO, por *Enrique Moreno Báez*.
- 62.—LA FIGURA POLÍTICA DEL VIZCONDE DE BONALD, por *Salvador Pons*.
- 63.—POLÍTICA DE COLABORACIÓN CULTURAL, por *Florentino Pérez Embid*.
- 64.—DONOSO CORTÉS EN EL PENSAMIENTO EUROPEO DEL SIGLO XIX, por *Federico Suárez Verdegner*.
- 65.—EL SINDICALISMO ALEMÁN DE LA POSTGUERRA, por *Vicente Marrero*.



1944

1944



O CRECE O MUERE

COLECCION «O CRECE O MUERE»

DIRECTOR: FLORENTINO PEREZ EMBID

*El original de este cuaderno fue dado
a conocer por el autor en la campaña
de colaboración cultural entre los Ate-
neos de España durante el curso 1953-4.*

ESTA COLECCION ESIA PUBLICADA
POR LA EDITORA NACIONAL

Estades Ev. San. Miguel, S.-Madrid

8 alemán comunes a casi todo el sindicalismo occidental; el viejo sindicato de clases, el sindicato dirigido del Estado totalitario y el sindicato consolidado, más propio de los últimos tiempos. En estas tres etapas, pese a las diferencias que entre ellas existen, no hay una variación sustancial en la estructura del sindicato. En el fondo, se mantiene siempre la distinción clásica de empresario y obrero. Pero una etapa totalmente nueva empieza a irrumpir en la vida sindical alemana que, por ello, se encuentra actualmente, según los más calificados observadores del mundo social, en una situación crítica. El sindicato ha emprendido el camino de convertirse él mismo en empresario, con lo que terminará perdiendo su razón de ser, su fuerza cualificadora. De seguir ese derrotero, iniciado con una poderosa cabeza de puente en las industrias pesadas de hierro, acero y carbón, que reúnen a más de cinco millones de obreros, el sindicato tendería a desaparecer, así como se extinguiría la distinción clásica entre empresario y trabajador. Nada importa al caso que el camino sólo se haya iniciado y que aún quede mucho, muchísimo por recorrer. El precedente existe ya y justifica las consideraciones que sobre el particular se han hecho. Este problema se manifestó de un modo patente en Alemania con motivo del *Mitbestimmungsrecht*, propuesto en la ley de codeterminación económica y gestión paritaria del 21 de mayo de 1951, cuyos efectos trató de paliar posteriormente la ley de empresa, promulgada por el Gobierno de Adenauer.

Desde entonces sobre el tapete de los estudios

II

LAS TRES ETAPAS CLASICAS DEL SINDICALISMO ALEMAN

En los últimos años los más agudos observadores de las nuevas estructuras sociales y políticas de la Europa de la postguerra han dedicado especial atención a la situación de los sindicatos alemanes que actualmente se encuentran ante una gran encrucijada. Coinciden todos en calificar esta situación de muy especial, lo que es tanto más significativo por el papel que desempeña y por la fuerza poderosísima de que hoy disfruta la Federación Sindical Alemana —*Deutsche Gewerkschafts-Bund*— en la vida del país.

El Nacionalsocialismo había dejado a un lado la gran significación que en la vida social y política tenían los sindicatos. Con la economía dirigida, en los tiempos de Hitler, el sindicato, que hasta aquel entonces era un sindicato de clase, perdió todo su carácter de iniciativa y casi su razón de ser para quedar sometido en todo a los principios del Führer, a sus decisiones inapelables y personales sin intromisión alguna por parte de los administrados. En esta época, no obstante, el obrero alemán disfrutó de una situación privilegiada, económica y

12 empresario, pero vivía de su actividad; luchaba también contra el mercado, pero sin él no podía existir.

Las grandes crisis mundiales de la economía, sobre todo las que sufrió el mundo entero a consecuencia de las últimas grandes guerras, particularmente la crisis de 1929-32, operaron ya en la vida sindical una gran evolución que en parte nos explica los primeros cambios de la vida sindical alemana. Lentamente, en Alemania los sindicatos dejaban de ser puros sindicatos de clase, según se entendía en la vieja doctrina sindicalista, y de sindicatos de clase se iban transformando en sindicatos consolidados, fijos en la estructura social de la nación y con un radio de acción más extenso e indiscutible. Así nace un sindicato institucionalizado de tal modo que va a resultar no sólo patria espiritual del trabajador, y, más aún, una de sus formas de vida, sino también algo imprescindible para la opinión pública. Esta se habituaba a verle definitivamente situado al lado mismo del empresario o de las asociaciones patronales, aunque el sindicato, en realidad, represente a una sola parte y aun ésta, a veces, pequeña, de la comunidad de trabajadores. De un instrumento de lucha, como era en sus comienzos, se ha convertido en un representante legítimo de todo trabajador dependiente, asalariado, ya sea obrero, empleado o funcionario; habla en nombre de todos ellos y en nombre de todos actúa expresa o tácitamente.

La evolución ha sido tan trascendental, que los Gobiernos que de un modo exclusivo disfrutaban

14 públicas, que no modifican el carácter privado de los sindicatos ni sus prerrogativas jurídicas dentro del Derecho Privado.

En pocas palabras, el sindicato se encuentra con la doble ventaja de disfrutar de los derechos de una organización libre y privada según la ley, y de las atribuciones cuasipúblicas que supone toda una jurisdicción especial, con las competencias y particulares incumbencias propias de sus fines.

Esta situación de los sindicatos es considerada por aquellos que han estudiado su vida durante los últimos treinta años como una situación única privilegiada. Abandonar las atribuciones que en ella hoy disfruta sería una locura que no cometerá nunca, por iniciativa propia, el sindicato alemán.

No han faltado economistas que expliquen esta consolidación social del sindicato como un fenómeno parejo al capitalismo de monopolios, del mismo modo que el viejo sindicato de clase fue un fenómeno paralelo al desarrollo del capitalismo liberal.

Pero no nos vamos a detener ahora en este parangón. No es además la última etapa a que ha llegado o amenaza llegar la evolución sindical. Ya veremos cómo ha ido más lejos.

Así contempladas las cosas, sin seguir adelante el sindicato consolidado, aunque lo consideremos como algunos dicen, en parangón con el capitalismo de monopolios, no ofrece características interinas sustancialmente diferentes a las del viejo sindicato de clases, ni fundamentalmente distintas de las manifestaciones sindicales de los tiem-

16 rente a lo que siempre ha significado como sindicato, por asumir funciones de empresario que nunca han sido suyas y que desbordan su razón de ser.

El sindicato, en esta última etapa, no se preocupa tanto de la lucha por el trabajador, de su *status* como persona, sino que lleva el camino de convertirse él mismo en empresario. Sus pretensiones de regir la vida económica y social del país tendrían como objetivo, como resultado final, la colectivización de la vida nacional; peligro de socialización que es más evidente cuando se tienen en cuenta las fuerzas que en realidad sustentan a la Federación Sindical Alemana, y sus directrices y orientaciones de marcada inspiración socialista.

¿Qué justificación tiene el sindicato para presentar estas exigencias? Al llegar a ese estadio ¿no desaparece el sindicato en cuanto sindicato? Además de darle un cuño colectivista a la sociedad y al Estado, ¿no es también un peligro para los derechos y la persona de los trabajadores?

Los muchos problemas que en la vida alemana se han planteado en torno a esta última etapa de sus sindicatos podrían reducirse a uno sólo: el obrero, por este camino, terminaría encontrándose no frente al empresario privado, sino frente al Estado o frente al sindicato, para el caso es lo mismo, que inundaría la vida de la empresa. En el fondo, con otras palabras, se trata de una vieja y multiforme idea: la socialista.

18 el control de ocupación inglés y el organismo encargado de la administración provisional y gestión fiduciaria de los grandes combinados siderúrgicos alemanes, en vías de desconcentración y fuertemente influídos por las directrices laboristas, había creado una situación de hecho, cuya consagración legal con carácter general, juntamente con algunos retoques e innovaciones accesorias, constituiría más tarde la meta claramente perfilada de las ambiciones de los sindicatos alemanes. Entonces Alemania, recién salida de la guerra y de su total derrota, estaba bajo las innegables presiones doctrinarias del exterior. Una impetuosa riada liberal y democrática de los vencedores, en medio del caos y de la expectación de los primeros meses de postguerra, contribuyó en gran medida a que los sindicatos consiguiesen su objetivo. En esta campaña, se caracterizó en primera línea, como dijimos, Inglaterra, frente a los demás países de ocupación que se mantuvieron neutrales y, más aún: algunos interpretaron con recelo las aspiraciones sindicales alemanas como si respondieran a una corriente genuina que dentro del país buscaba la implantación de una democracia industrial o económica. Así, cuando llegó el momento de plantear la ordenación definitiva de las industrias siderúrgicas dentro de las perspectivas que ofrecía entonces el Plan Schuman, y ante la urgencia del asentimiento al rearme europeo por parte de los socialistas, se consideró como una excelente oportunidad y un buen precio que esa organización se efectuase en las nuevas sociedades, en vías de constitución, sobre

20 guntan con toda seriedad y llenos de preocupación, qué caminos y posibilidades esperan en estos nuevos derroteros al sindicato alemán. Ante todo, muchos observadores extranjeros han llegado a la conclusión de que cualquier camino que tome el sindicato alemán le llevaría a la obstrucción del movimiento en su misma vida sindical.

En ese caso, el sindicato se vería en la necesidad de emplear a un monstruoso número de funcionarios, de especialistas, directores, encargados, personal que requeriría una imprescindible formación académica, máxime tratándose de industrias como las del hierro y el carbón. Al mismo tiempo, este personal significaría la aparición de fuerzas de trabajo nacidas del alma misma del sindicato, pero con el destino fatal de terminar convirtiéndose rápidamente en algo extraño al sindicato de donde surgieran, porque se colocarían inmediatamente al lado de lo que constituye hoy el mundo propio del empresario, que dirige y manda.

Con una evolución así, el sindicato terminaría perdiendo su fuerza cualificadora o, al menos, esta fuerza cualificadora aprovecharía su poder dentro del mismo sindicato en el sentido de la empresa, con lo que el sindicato se convertiría en un departamento personal del empresario. Precisamente ese ha sido el destino de los sindicatos en Rusia. El sindicato, que en un principio surgió como un movimiento libre y prestó la ayuda del trabajador postergado frente al empresario que lo dominaba y amenazaba de muchos y diferentes mo-

22 ta, dicen otros, de arrebatar la autoridad al patrono sin conferirla al Estado, o de socializar el poder sin socializar la sociedad. En una palabra, se trata, esta es la opinión más extendida, de la democracia industrial, lógica consecuencia de la democracia política. Los más se quedan con esta apreciación última; pero lo que se ha conocido en la historia de las ideas sociales con el nombre de democracia económica o democracia industrial no es sino un sistema que, dicho brevemente, pretende primero mecer y columpiar al capitalismo para después poderlo quebrar con más facilidad.

Hay tantas clases de socialismo que con mucha razón al hablar de él se suele emplear la imagen de un vasto delta tan ramificado como embrollado. A propósito del socialismo podrá señalarse o suprimirse este o aquel matiz, pero allí donde se niega o se tiende a suprimir de uno u otro modo el capital privado, allí hay un rasgo inconfundible de socialismo.

Y sólo con esta base, con esta negación que hace el socialismo, hay ya materia para formular la siguiente ley: el sindicato, en cuanto sindicato, ha surgido bajo el orden del capitalismo liberal; cuando ha pasado del capitalismo liberal al capitalismo de monopolio ha podido aún seguir viviendo. Pero si intenta hacer desaparecer al capitalismo, con su desaparición desaparecería también el sindicato. Esta ley ha sido formulada por un gran amigo y uno de los mejores conocedores de los sindicatos en Europa, el gran sociólogo y economista católico Goetz Briefs, antiguo profesor alemán y actualmente catedrático en la Georgetown

24 que llegan a abogar por la escisión. Esta escisión últimamente ha sido de nuevo descartada por los mismos representantes del movimiento social cristiano, así como la constitución de un nuevo sindicato cristiano en contraposición al único existente de inspiración socialista, con una nueva vuelta, cada vez más difícil según pasa el tiempo, al dualismo de la República de Weimar.

IV

EL SINDICATO ENTRE SOCIALISMO Y CRISTIANISMO

La Federación Sindical Alemana constituye el frente único en la organización sindical del país. Apolítica según sus constituciones, como dijimos, en realidad está compuesta por elementos en su gran mayoría procedentes del partido socialista que le han dado un cuño de marcado sabor marxista.

Actualmente es una poderosa organización con grandes medios y decididamente dispuesta a no permitir enfrente a ningún enemigo organizado. A su jefe, en el argot político, se le llama *cuasi premier* o segundo jefe de la oposición. Además es una de las pocas organizaciones alemanas que no pagan impuestos. Tiene el derecho de huelga plenamente reconocido; pero a diferencia de sus vecinos los socialistas franceses, hace muy poco uso de ella y no se ven, por tanto, en la necesidad

26 su clara división de tendencias sociales en conformidad con la división de partidos en la política; y la realidad, según pasa el tiempo, muestra, cada vez con más evidencia, que la vida sindical alemana se caracteriza únicamente por sus directrices socialistas, marxistas.

En ciertos medios del catolicismo alemán arraigaron bien pronto las ideas avanzadas del catolicismo francés de izquierdas y pareció halagadora la idea de un frente único sindical. Se creyó de ese modo disfrutar de una ocasión propicia para misionar y traer al cristianismo a las masas obreras. Pero una cosa son las buenas intenciones y otra el acierto político en las realizaciones.

Con motivo de la última campaña electoral, la Federación sindical hizo abiertamente propaganda contra Adenauer, lo que motivó un cambio de cartas abiertas entre su Secretario general, Freitag, y el Canciller. Freitag se había pronunciado por un mejor régimen, y Adenauer le echaba en cara el haber faltado con ello a las constituciones de la Federación que le obligaban a abstenerse de todo partidismo político. Pero nadie ignora en Alemania el papel preponderante jugado por los sindicatos en la propaganda electoral pro socialista, en la que han sido mucho más activos que los partidos mismos.

Han sido tantas las dificultades y las preocupaciones que, en estos últimos tiempos, los sindicatos del grupo cristiano intentaron, una vez más, hacer la escisión. Abogaron por ella esta vez Jacob Kaiser, destacada figura del ala izquierda del partido de Adenauer y *Minister für gesamte*

V

EL KATHOLIKENTAG DE BOCHUM DE 1949 Y LA RECTIFICACION PONTIFICIA

Entre una concepción socialista y otra cristiana existen diferencias fundamentales. Muchas veces estas diferencias saltan a la vista con diáfana claridad. Otras en cambio, hasta se hace preciso que intervengan las autoridades superiores de la Iglesia para acentuar los matices que por influencia de los tiempos o por el oportunismo de las circunstancias, algunos representantes del catolicismo activo no aciertan, pese a su buena fe, a perfilar del todo. Algo que tiene relación con lo que acabamos de decir ha sucedido en estos últimos años con motivo de los problemas planteados por la ley de cogestión o codeterminación económica en las industrias del acero, hierro y carbón entre obreros y empresarios. Esta ley, según se ha afirmado respondió más a una finalidad de los sindicatos que a un deseo espontáneo de los obreros. Pero no es menos cierto que en los mismos medios católicos la idea prendió con fuerza, aún antes de que los socialistas la llevaran a cabo y llegó a prender de un modo que a Roma mismo no le satisfizo del todo.

Insistimos, porque es necesario hacerlo resaltar, en que los primeros en ocuparse en serio

30 nos que luchan por conseguir la coestión económica entre obreros y empresarios. Y no hay, como veremos, tal cosa. El Papa sólo ha querido advertir a tiempo de los peligros de colectivización y proletarización que amenazan al trabajador en un tipo de coestión hecha con un espíritu muy distinto del de las Encíclicas.

La preocupación de Roma por los problemas que el capital y el trabajo plantean dentro de la empresa, viene ya fundamentalmente de los tiempos de Pío XI, que deja de hablar de aquella tendencia paternalista contra la que el mismo Pontífice prevenía a los empresarios católicos, propugnando más bien verdaderos intentos de reforma estructural coincidentes en corregir el contrato de trabajo mediante elementos propios del contrato de sociedad. Pero aun reconociendo que el régimen de salarios, por operar en el seno de la economía de libre cambio, se había convertido en instrumento de abuso en manos de los más fuertes, no lo rechazaba en absoluto, punto éste que en algunos sectores avanzados del catolicismo social no fué bien interpretado. Pero era lo cierto que el Papa estimaba como camino conveniente suavizar el régimen de salario mediante el de sociedad, dando así a los obreros y empleados de la empresa alguna participación en el dominio, en la gestión y en las ganancias obtenidas. Entre nosotros en la revista «Eclesia» y en las Semanas Sociales que organizan todos los años los metropolitanos españoles, se ha expuesto con nítida claridad el pensamiento social de los Romanos Pontífices; allí se encontrarán más des-

32 sa se manifiesta hoy mayormente productiva debe ser ofrecida la posibilidad de suavizar el contrato de trabajo con un contrato de sociedad». No era de extrañar, por tanto, un ambiente de euforia «socializante» que levantó una polvareda de controversias, hasta que se produjo un hecho, que no podía verificarse sino en un país como el alemán, el pueblo mejor dispuesto para llevar inmediatamente a la práctica lo que se acababa de forjar en el mundo de las ideas. Ese hecho fué el *Katholikentag de Bochum* y el acuerdo de los católicos allí reunidos fué formulado en los siguientes términos: «Los obreros y empresarios católicos convienen en afirmar que el derecho de cogestión personal, social y económico es para todos cuantos colaboran en un mismo empeño un derecho natural, dentro de un orden querido por Dios. A este derecho corresponde la responsabilidad común de todos. Nosotros pedimos que tenga su traducción en una ley». La declaración se convirtió muy pronto para los jefes sindicales cristianos en la clave de toda su política social. Y apenas constituídos los sindicatos obreros en Federación Nacional, hicieron suyos los acuerdos de Bochum y en carta dirigida a los prohombres de la política, la economía y la religión, pidieron se llevaran a la práctica «sin enmascararlos ni desvirtuarlos». Poco después, el 28 de noviembre del mismo año, la Comisión de empresarios, obreros, sociólogos y teólogos encargados de aplicar aquellas resoluciones, se reunía en Maguncia y la federación de patronos católicos, por su parte, después de estudiar el texto acordó comenzar a llevarlas a la práctica en el terreno privado.

34 al margen de la empresa. Porque ni la naturaleza del contrato de trabajo ni la naturaleza de la empresa comportan por sí mismas un derecho semejante». El Papa sólo pretende cerrar el paso a un error de principio y, consiguientemente, a peligrosa aplicación práctica. Ya que se había avanzado mucho por un terreno resbaladizo y era difícil la rectificación en algunos casos, como este de Alemania, recién salida de una guerra, con su economía deshecha, en plena reconstrucción y con un deseo sincero y generoso por parte de los católicos de reconquistar a las masas trabajadoras para la Iglesia en un momento decisivo en la vida del país.

No puede fácilmente olvidarse que en los tiempos en que Su Santidad pronunció estas palabras era frecuente entre los católicos franceses de izquierda, que tanta influencia han ejercido en el catolicismo alemán de la postguerra, la tendencia a rechazar el contrato de salario como uno de los puntos capitales de un programa orientado a la desproletarización de las masas obreras. En estas aspiraciones no es nada fácil separar las nobles inquietudes de los aciertos de una verdadera doctrina social católica. Es justa la intención de querer superar la posición del obrero que no tiene otra cosa que vender que su trabajo y dejar atrás los moldes nada cristianos hechos sobre un hombre, que además de ser pobre tiene una existencia, no sólo personal sino familiar, insegura y llena de zozobras. Nadie más noblemente preocupado por la desproletarización y por el acceso en lo posible a la propiedad privada del proletario que los Sumos Pontífices, que insisten en que el trabajador pueda

36 obra *Democracia cristiana* proclama una concepción social del cristianismo muy diferente a la de los Papas, y el tono de las Encíclicas sociales que nunca han propugnado la abolición de la propiedad personal indiscutiblemente unida a la más profunda esencia del hombre. Esta eterna doctrina de Roma ha influído últimamente en la célebre ley de la constitución de empresa del gobierno de Aदनauer, que en parte señala una rectificación a las directrices anteriores de los socialistas alemanes porque convierte, sin participaciones extrañas, a los consejos de empresas en piedra angular del nuevo régimen de gestión compartida. Pero en el fondo, para aquel que mira con profundidad el problema, lo que hay detrás de todo esto es una lucha, a veces más sórdida que abierta, seguramente más inconsciente que expresada, pero siempre gigante y trascendental entre dos concepciones distintas de la vida: la socialista y la católica, a la que en esta ocasión sólo de un modo somero nos hemos referido.

VI

LAS ASPIRACIONES SINDICALES EN LA ALEMANIA ACTUAL

Ante la lucha entre las aspiraciones eminentemente socialistas, colectivistas, de los sindicatos alemanes y las aspiraciones sociales, a veces

38 derecho de codeterminación y de cogestión económica debe incrustarse desde un punto de vista doctrinal en el mundo propio de la retribución, aunque no deje de reconocerse que en la determinación precisa de esta incrustación reside la dificultad principal.

Indudablemente el trabajador ha llegado a un grado de madurez tal y a un espíritu de independencia y de autodeterminación social, que debe ser atendido junto con sus aspiraciones de seguridad en una actitud situada más allá del mero paternalismo. El problema está en buscar la forma más acertada y más justa a la vida de todos y más aún a la del trabajador en particular sin que nos traiga graves trastornos sociales, políticos ni económicos.

X) Al lado de la trascendencia social y política de los sindicatos se suele olvidar su trascendencia económica, sobre la que no se acostumbra insistir tanto. Como es lógico, el sindicato tiende a beneficiar a una de las partes que integran la vida de la empresa, la trabajadora, sin preocuparse muchas veces de la continuidad de la empresa en sí, de sus precios de coste, del éxito de sus mercados e incluso de las repercusiones sobre el obrero que trabaja en otras empresas distintas, comprador de los productos que la otra fabrica. Así suele suceder, que el beneficio recibido por una zona obrera, perjudica a otra zona también obrera. También la importación de máquinas, con la amenaza de reducir la mano de obra, ha solido encontrar un adversario serio en el sindicato, más preocupado por la suerte de sus afiliados, que por la prosperidad de la empresa, obligada en estos casos a producir a

40 vida sindical a la de los partidos. En Alemania se da el caso paradójico de que el Canciller públicamente haga declaraciones elogiosas de la organización sindical instituída por la constitución de la República Federal, y, al mismo tiempo, se sitúe ante ellos como su más enconado enemigo. Los problemas que la organización sindical plantea en Alemania, a estas alturas, serían todavía más graves, a no ser por la vecindad de una Alemania oriental, soviétizada, situada de un modo permanente ante los ojos de los alemanes que no se prestan a confundir fácilmente su aspiración ineludible hacia una justicia social más perfecta, con la imagen de un estado soviético de colectivización que ellos conocen de cerca. En Francia y en Italia la lejanía de una forma soviétizada de política no deja de ser una fuente de muchos errores y espejismos sociales.

De todos modos resulta incómodo hacer entrar al sindicalismo en los cuadros rígidos de un Derecho Público forjado en lo fundamental en tiempos en que carecían de trascendencia las asociaciones profesionales como agrupaciones permanentes de personas sin idea de transitoriedad. No puede olvidarse que el intervencionismo que hoy llamamos sindical precedió, con otros nombres, al del Estado, no sólo a título de «prior tempore», sino porque casi siempre fué más penetrante y práctico. En la antigua concepción cristiana del Estado o, con más propiedad, del Reino, que no era nacionalista, sino federal y con soberanía descentralizada, las masas y el poder soberano no estaban situados el uno al lado del otro sin intermediarios. Entre el Es-

42 una ideología colectivista; o si, aprovechando el grado elevadísimo de industrialización del país, permitiera e incluso contribuyera a que el obrero quedara sometido a poderes anónimos.

Siempre han pesado y pesarán más las comunidades humanas que han surgido entrañablemente de las necesidades de los hombres, que todas las creaciones de los gobiernos y que todas las doctrinas de los tratados políticos. Decimos esto, porque el secreto de la fuerza de los sindicatos se fundamenta con la mayor naturalidad y acierta como institución en la medida en que se acerca al papel de las viejas comunidades de la Cristiandad, y yerran cuando se alejan de ellas y se prestan a ser un instrumento de ideas colectivistas aumentando el poder del Estado de Derecho, que sigue siendo la forma moderna de Estado, concebido a través de la sangre y de todas las atribuciones que ha sustraído al cuerpo social. El sindicato, más que ser un producto artificial, responde a una organización natural congregada para la acción social de hombres que se encuentran unidos por la realidad del trabajo. El sindicato, más que un instrumento del gobierno, debe ser un instrumento de gobierno, como han sido las aspiraciones de las organizaciones corporativas obreras. Como auténticos poderes sociales, no pueden caer cuando cae el gobierno, y de ahí que se procure, como se ha querido en Alemania, su apoliticidad, aunque en la práctica, por lo menos por mucho tiempo, resulte esto difícil. En realidad, el sindicato ha nacido al margen de la ordenación oficial de la sociedad y a veces en contra de ella. Pero en tanto que es un grupo revela

44 de sus jefes. El sindicato, sin embargo, como toda organización profesional cuando se estructura en la vida social del país de un modo fijo y consolidado, no puede ser un instrumento de disolución, ni un medio subversivo, sino un instrumento orgánico de vida social. Cuando se sale de esta dirección fundamental, cuando el sindicato pretende convertirse en propietario, o regir la vida del país dando un cuño colectivista a la sociedad y al Estado, amenaza con ello también la persona y los derechos del trabajador. La rectificación, que últimamente ha hecho Adenauer, con la ley de empresa, al no permitir participaciones extrañas en ellas y convertir a los mismos consejos de empresas en piedra angular del nuevo régimen de gestión compartida, señala una base distinta a las aspiraciones sindicales alemanas, más conformes aquéllas con las directrices sociales de la Iglesia, y quién sabe, si siguiendo por este camino, sea la nación alemana quien nos brinde la forma y la solución definitiva que tanto añoran las mejores cabezas de todos los grandes pueblos de Occidente. Una solución que no caiga en ninguno de los dos errores, hoy definitivamente superados: querer abolir la lucha de clases sin salir de los cuadros de una economía liberal capitalista, o buscar una afirmación sindical sin salir del corporativismo de Estado tan criticado en las Encíclicas.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN «ESTADES. ARTES GRÁ-
FICAS», MADRID, EL DÍA 25
DE JULIO DE 1954.

- 28.—DONOSO CORTÉS, EJEMPLO DEL PENSAMIENTO DE LA TRADICIÓN, por *Edmund Sebramm*.
- 29.—PAZ Y MAQUIAVELISMO, por *Alfonso de Cossío*.
- 30.—RURALIDAD PENINSULAR, por *Antonio de Souza Cámara*.
- 31.—LA TRIBUTACIÓN EN EL PRESUPUESTO ESPAÑOL, por *José Luis Villar Palasí*.
- 32.—EL CATOLICISMO LIBERAL EN FRANCIA, por *Jean Roger*.
- 33.—FIN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL ANTIGUO RÉGIMEN, por *Vicente Palacio Atard*.
- 34.—SITUACIÓN HISTÓRICA DEL TIEMPO ACTUAL, por *Béla Menczer*.
- 35.—REGIDURÍA ESCÉNICA, por *Antón Giulio Bragaglia*.
- 36.—PROCESO DE FORMACIÓN DE LAS NACIONES ESLAVAS, por *Pablo Tijan*.
- 37.—LA DIVINIZACIÓN Y LA SUMA ESCLAVITUD DEL HOMBRE, por *Aurèle Kolnai*.
- 38.—COMPLEJOS NACIONALES EN LA HISTORIA DE EUROPA, por *José Miguel de Azaola*.
- 39.—ACTUALIDAD DEL TOMISMO, por *Josef Pieper*.
- 40.—JACINTO VERDAGUER, POETA ÉPICO, por *Lorenzo Ribera*.
- 41.—EL INTEGRALISMO PORTUGUÉS, por *Alfonso Botelho*.
- 42.—EL PENSAMIENTO CATÓLICO EN ITALIA, por *Michele Federico Sciacca*.
- 43.—LA NAVIDAD EN LA POESÍA ESPAÑOLA, por *Gerardo Diego*.
- 44.—CHARLES MAURRAS, ESCRITOR POLÍTICO, por *Pierre Hérécourt*.
- 45.—LA O. N. U. Y LOS TERRITORIOS DEPENDIENTES, por *José Luis Bustamante y Rivero*.
- 46.—LA LUCHA POR LA INDUSTRIALIZACIÓN DE ESPAÑA, por *José María Fontana*.
- 47.—LA OBRA DE WILLIAM FAULKNER, por *Francisco Ynduráin*.
- 48.—SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS, por *Federico Sopena*.
- 49.—JESÚS LEOZ, por *Antonio Fernández-Cid*.
- 50.—LOS TRES LEMAS DE LA SOCIEDAD FUTURA, por *Rafael Gamba*.
- 51.—CRISTIANISMO Y LIBERTAD, por *Gustave Thibon*.
- 52.—EL NOVELISTA ANTE EL MUNDO, por *José María Gironella*.
- 53.—ESTILOS DE VIVIR Y MODOS DE ENFERMAR, por *Juan José López Ibor*.
- 54.—EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD EN EL ISLAM, por *Juan M. Abd-el-Jalil*.
- 55.—ORDEN Y JERARQUÍA EN LA ESTRUCTURA SOCIAL, por *Santiago Galindo Herrero*.
- 56.—EL CINE Y EL ESPECTADOR, por *Miguel Signán*.
- 57.—LA CULTURA EN UNA DEMOCRACIA INDUSTRIALIZADA, por *John T. Reid*.
- 58.—LAS IDEAS POLÍTICAS EN EL REINADO DE CARLOS IV, por *Carlos Corona Baratech*.

